

---

---

## Manuel Machado y el Modernismo \*

---

---

A Marta Gallo, con afecto  
y agradecimiento

«... Es caprichoso [Manuel Machado]; cree en Venus y la cree más de carne que de estrella. Si tuviéramos que dividir entre los dos a una mujer, ninguno de los dos reñiríamos por la parte que había de tocarnos; mía sería de la cintura para arriba; él querría movimiento de salamandra partida. Es, gracias a Dios, un decadente. Ama el peligro y, como Rusiñol haría un discurso contra el sentido común... ¿Poeta femenino, débil, funambulesco, contradictorio? En su escudo podría ir bien este lema: 'A mí, ¿qué?, o '¿qué importa? o '¿qué más da?' Es sinuoso como un cuerpo de mujer. Y como a un cuerpo de mujer se le termina pronto el encanto y no se le termina nunca. Cuando una mujer está desnuda cree uno que aún falta algo, y ya no falta nada, y por muy detenidamente que le observe —con lente, con microscopio— no falta nada. Y allí está todo; el encanto consiste en volver a empezar.»

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ,  
*La corriente infinita*

Ha habido últimamente, en gran parte, sin duda, con motivo del centenario de su nacimiento, un resurgir crítico en torno a la obra de Manuel Machado (1874-1947). Esa proliferación de trabajos abarca libros (Brotherston, Gerardo Diego, López Estrada), antologías de verso y de prosa (Emilio Miró, Ortiz de Lanzagorta), una colección de estudios críticos (con prólogo de López Estrada), y el homenaje dedicado a los dos hermanos poetas por *Cuadernos Hispanoamericanos*, en sus números 304-308 (1975-1976), sin referirnos a una serie numerosa de artículos, entre los cuales habría que destacar, al menos, los publicados por Antonio de Villena en sendas entregas de *Insula*. A su vez, la revista santanderina *Peña Labra* consagró, en homenaje especial, su número de la primavera de 1974 al recuerdo del centenario del poeta. Aunque la mayoría de los trabajos se ocuparan de los más variados aspectos del modernismo, se incluía una breve selección antológica (verso y prosa) y una bibliografía de Manuel Machado, así como un precioso recuerdo de éste, firmado por Ricardo Gullón<sup>1</sup>.

---

\* Agradezco a mi amigo y colega Pablo Beltrán de Heredia una atenta y cuidadosa lectura del presente manuscrito.

<sup>1</sup> RICARDO GULLÓN: «Recuerdo de Manuel Machado», *Peña Labra*. Número 11, primavera de 1974, págs. 11-12.

Entre los estudios ya clásicos sobre Manuel Machado (los de Dámaso Alonso, Moreno Villa, Laín Entralgo, Unamuno, Pérez Ferrero *et al.*), sería injusto mencionar aquí la utilísima y bien documentada publicación de *Alma. Apolo*, Estudio y edición de Alfredo Carballo Picazo (Madrid, 1967). Un ensayo nuestro sobre Manuel Machado y el decadentísimo aparecerá próximamente en un número especial de *Essays in Literature* (Illinois), dedicado al simbolismo y las letras hispánicas.

En las presentes páginas, tras una breve semblanza del poeta, que permitirá situarlo en el ámbito literario español de su tiempo, me propongo detenerme en unos cuantos textos en que Manuel Machado habla de manera directa del modernismo y de la nueva literatura, movimiento artístico en que intervino activamente desde sus comienzos. Tales textos, con la notable excepción de su ya célebre conferencia «Los poetas de hoy», capítulo inicial del libro *La guerra literaria* (Madrid, 1913), han quedado sepultados en la prensa y son, por tanto, prácticamente desconocidos aunque no falte una alusión esporádica a alguno de ellos.

## Semblanza de Manuel Machado en su literatura

Según se ha advertido, Manuel Machado reveló desde muy temprano una afición especial por el autorretrato («Adelfos», poema fechado en 1899 y publicado en *Alma*<sup>2</sup>); los dos más conocidos se recogen en *El mal poema* (1909) y en *Phoenix* (1936). Los versos que a continuación transcribo, singularmente característicos, subrayan su tantas veces aludida aristocracia, junto a una indudable actitud de aparente indiferencia:

*Me acuso de no amar sino muy vagamente  
una porción de cosas que encantan a la gente...  
La agilidad, el tino, la gracia, la destreza;  
más que la voluntad, la fuerza y la grandeza...  
Mi elegancia es buscada, rebuscada. Prefiero,  
a lo helénico y puro, lo chic y lo torero.*

(«Retrato», *El mal poema*)

Estos otros, de tono más grave y menos epicúreo, también revelan elegancia y distinción:

*Mi propia obra es sólo una polifonía  
de gritos de mi tiempo, lentos o subitáneos,  
que dio a veces el son a mis contemporáneos.  
Oí la voz de todo: de la paz, de la guerra,  
el silencio del campo, que la cigarra asierra...  
Y mientras escuchaba la compleja sonata,  
pasó la vida a un lado como una cabalgata.  
Tendí la mano a veces y le arranqué una rosa,  
y otras la retiré sangrante y temblorosa.*

(«Nuevo autorretrato», *Phoenix*)

Manuel Machado es un escritor de múltiples registros, a la vez que de profundas contradicciones, cultivadas a mi juicio para no descubrir a flor de piel su intimidad:

---

<sup>2</sup> Sobre la vida parisiense del joven escritor y la composición de la famosa poesía «Adelfos», véase el discurso de ingreso en la Real Academia Española de Manuel Machado: *Unos versos, un alma y una época* (Madrid, 1940), págs. 52-59.

aristocrático y callejero, vital y nihilista, el poeta canta sus penas y sus alegrías en versos cultos y populares. Pero no carece de cierta ambigüedad en su postura ante la vida («¡Somos, a un mismo tiempo, santos e infames; / somos, a un tiempo mismo, pobres y reyes!» exclama en «Antífona», poesía recogida también en *Alma*), aunque se haya concedido demasiada importancia a su pretendida superficialidad, que es a veces un simple pretexto para mitigar el hondo y sincero dolor de vivir. De ahí que su ligereza y su despreocupación sean meras máscaras, a veces intencionadamente equívocas.

Sin falsificar el conjunto de la poesía de Manuel Machado, podría reducirse ésta a cuatro modalidades básicas, todas ellas presentes, dicho sea de paso, en su primera obra *Alma*, sin tener en cuenta ahora las obras anteriores escritas en colaboración con Enrique Paradas, aunque vuelva después a imprimir algunas de las poesías de aquel temprano libro de 1894 (*Tristes y alegres*). Ante todo, Machado se orienta en una dirección intimista y sensorial, muy influido, en el tono y en el ambiente, por Verlaine y algunos otros simbolistas (Samain); su verso, siempre sugestivo y musical, delata en su primer momento la inevitable huella modernista (*Alma*, 1899-1900, *Caprichos*, 1900-1905), con toda su morosidad y delectación verbales. Es la época de los madrigales galantes, los temas de la «commedia dell'arte» y de los poemas grises, así como de los viejos parques silenciosos. En segundo lugar, se manifiesta otro poeta importante en Machado: el de los admirables sonetos que recrean, al modo parnasiano, algunos de los cuadros del Museo del Prado (*Apolo. Teatro pictórico*, 1911)<sup>3</sup>. Por supuesto, no sólo destaca después en la composición de cantares y coplas populares de Andalucía, sino que esa misma predilección artística inicia, seguramente, caminos que seguirán más tarde algunos poetas posteriores. (*Cante hondo*, 1912)<sup>4</sup>. Y todavía hay en nuestro autor otra vena poética muy distinta: la del bohemio que escribe poemas de la calle, en un lenguaje intencionadamente prosaico y acanallado (*El mal poema*, 1909)<sup>5</sup>. Este es, de modo singular, el Machado decadente, que utiliza el mismo

<sup>3</sup> Para el libro *Apolo. Teatro pictórico* (1911) es de indispensable consulta la conferencia «Génesis de un libro», que figura como un segundo capítulo de *La guerra literaria* (Madrid, 1913), págs. 41-67.

<sup>4</sup> Acerca de las poesías recogidas en *Cante hondo* (1912), tenemos un precioso testimonio del autor en su breve prólogo a la obra. He consultado la edición del volumen III de sus *Obras completas* (Madrid, 1928), págs. 13-16. El mismo texto puede leerse también en *La guerra literaria*, págs. 83-85.

Merece la pena transcribir aquí un significativo juicio de José Moreno Villa [«Manuel Machado, la manoltería y el cambio», *Los autores como actores y otros intereses literarios de acá y de allá* (México, 1951), págs. 102-125]: «La personalidad de este poeta se abre como un árbol, o como un río, en tres ramales, y desde un tronco, es decir, desde el principio. Es fácil abarcarla. Uno de sus primeros libros se llama *Alma, Museo, Los Cantares*. Y este título nos dice que una de sus ramas sigue hacia la vida interior, otra, hacia la vida externa o de los ojos, y la tercera hacia lo que percibe el sentido auditivo, la copla. Intimidad, visualidad y apego a la expresión del pueblo. Estas son las ramas por donde corre la savia manolesca de este Machado (pág. 109)».

Precisamente en su discurso académico, Manuel Machado, al referirse al mismo libro de 1907, dice: «...He aquí un título que puede ya servir de epígrafe a toda mi obra lírica: *Alma* (poesías del reino interior, realidades puramente espirituales). *Museo* (poesía de la Historia a través de las obras de arte más famosas). *Los Cantares*, poesía de la vida sentimental y aun sensual, poesía de la vida rota que culmina en *El mal poema* (1909)». *Unos versos, un alma y una época*, pág. 79.

<sup>5</sup> Dentro de este contexto, de gran importancia es la carta de autocritica que Manuel Machado manda

estilo coloquial en los estupendos retratos y semblanzas en verso de sus amigos y compañeros de la vida literaria (*Dedicatorias*, 1910-1922). Resultaría incompleta esta sucinta revisión si no se mencionara cuando menos el título *La fiesta nacional* (1906), revelador de una afición taurina; el poeta tiene presente además, en todo momento, la honda preocupación por los grandes temas del amor y de la muerte (*Ars moriendi*, 1921), sin dejar de lado tampoco la entonación religiosa.

Nadie puede negar la filiación modernista de Manuel Machado; evidentemente es una de las figuras más representativas y mejor dotadas del movimiento en la península. Sin embargo, el ser modernista en los primeros años del siglo XX no supone indiferencia ante el dolor de España, ni desamor a la patria. ¿Será necesario recordar una vez más el modernismo militante de su hermano Antonio, del cual se alejará éste muy pronto por sus galerías secretas? Al mismo tiempo que Manuel, maneja su hermano menor con maestría los elementos poéticos derivados de Darío y del simbolismo francés, a través del contacto directo con los poetas parisienses. Mientras que aquél, por su parte, escribe también poesías inspiradas en el pasado glorioso de España<sup>6</sup>. Es que ser simbolista no implica entonces necesariamente el rechazo de lo histórico y lo castizo. Manuel Machado se vincula, desde luego, y convive con los que más tarde serán encuadrados bajo la etiqueta de la generación del 98. Pero a pesar de obras como «Castilla», «La hija del ventero», «Felipe IV», «Alvar-Fáñez» y algunas más, tengo que admitir que nunca fue apóstol regeneracionista y que vivió por lo general un poco de espaldas a las cuestiones políticas. Sin embargo, es el ejemplo más

---

a Juan Ramón Jiménez después de la publicación de *El mal poema: La guerra literaria*, págs. 117-120. La reproduce también Ricardo Gullón en sus páginas «Relaciones amistosas y literarias entre Juan Ramón Jiménez y Manuel Machado», *Cuadernos Hispanoamericanos* (núms. 128-129, agosto-septiembre de 1960), págs. 115-139.

Entre los documentos reproducidos por Gullón figura otra carta, aparentemente de 1911, en la cual se refiere en los siguientes términos a su conferencia «Los poetas de hoy»: «... Mi conferencia sobre el modernismo (!) en Poesía... decía en síntesis que *modernismo* se llamó aquí a la revolución literaria que usted y yo conocemos y que ya pasó todo eso y no hay tal modernismo ni tales carneros. Señalaba los adelantos de fondo y forma (más de forma) de la poesía nueva, hablaba de la floración de excelentes poetas de principio de siglo, reduciéndola, sin embargo, a sus verdaderos términos, y concluía recitando (entre grandes aplausos) las preciosas composiciones del último libro de usted... (pág. 129)». Entre paréntesis, el poema leído de Antonio Machado fue el titulado «Las moscas».

<sup>6</sup> Me permito transcribir dos párrafos tomados de la introducción al libro de Manuel Machado titulado *Horas de oro. Devocionario poético* (Valladolid, 1938): «De todo tiempo he sentido yo en mí la continuidad de la vida española. Es decir, que en mí se ha dado la Historia de España como una corriente que pasara por mi corazón. Y pienso que otro tanto le ocurre más o menos conscientemente, a todo verdadero español. Así pues, aunque nacido al mundo de las letras en un momento en que aquí se estimaba poco a España en general, y aún se hablaba de la necesidad de *uropeizarla* —yo pensé siempre que mejor sería españolizar a Europa, y ya trataremos de esto donde más largo se contiene—, digo, pues, que aunque nacido al arte en aquel fin de siglo, para España tan depresivo y pesimista, yo canté siempre, a mi modo, que no es cantar, sino decir lo mejor que puedo, las verdaderas glorias netamente españolas». En relación con esta idea de españolizar a Europa, y con su trayectoria en el pensamiento de Machado, véase el artículo «El 98 y yo. Para alusiones», publicado originalmente en el diario madrileño *Arriba* (13 de diciembre de 1945), que citaremos con alguna extensión en la nota que sigue.

El mismo texto sobre España y sus grandezas en el pasado lo repite en su ya citado discurso académico, págs. 102-103.

convinciente de lo artificioso que es no darse cuenta de que los conceptos de modernismo y noventayochismo se funden a menudo y se mezclan, con repetidas interferencias y puntos de contacto. Pensar de otra manera es tener una visión simplista de la verdad artística y mantenerse ciego ante las convivencias características de aquella época <sup>7</sup>.

## Dos aproximaciones al modernismo: Antonio y Manuel Machado

Para intentar precisar, en toda su complejidad, el perfil literario de una cuestión tan debatida como es todavía el modernismo, me parece útil tener presentes las palabras de los creadores del movimiento. Sin salirme excesivamente del tema, quiero citar primero unos juicios, no de Manuel Machado, sino de Antonio; ambos compartían un mismo concepto del arte, sobre todo en los primeros años del siglo. Son aseveraciones muy conocidas, escritas en 1917 e incorporadas a la primera edición de sus *Poesías completas* (Publicaciones de la Residencia de Estudiantes); pero casi nunca recordadas dentro del presente contexto por el sesgo negativo que parece

---

<sup>7</sup> Acerca de este tema hay un buen artículo en el citado número de homenaje a los hermanos Machado de la presente revista (págs. 213-228), del cual es autor Manuel Muñoz Cortés, uno de los primeros comentaristas del importante libro de Laín Entralgo sobre la generación del 98. Resulta útil esa colaboración, porque en ella se reproduce la aludida reseña (págs. 219-221) y la réplica del propio Laín (págs. 223-228). Se incluye también, y es lo que más nos interesa en ese contexto, el comentario del mismo Manuel Machado («El 98 y yo. Para alusiones», págs. 221-223), del cual quisiera copiar algunos fragmentos significativos: «Es, sí, muy cierto que yo pertenezco plenamente a la Generación del 98... en cuanto fue aquella una generación principalmente estética; es decir, artística y literaria, que hizo una revolución literaria y artística; principalísima, casi exclusivamente estética, sin prejuicio —claro está— de las remociones de fondo que implican siempre los verdaderos trastornos de la forma.

También es cierto que yo fui el primero en poner, por entonces, sobre el tablero los temas españoles —netamente españoles— con mis glosas de Berceo, del Arcipreste y, sobre todo, del famoso poema que hizo Per Abad, destacando la figura de Alvar Fáñez y, por encima de ella y de lo demás, la de Myo Cid y su Castilla eterna. Pero ahí quedó el tema para “más señores” y yo no continué por ese camino, si bien la nota sentimental y lírica adoptó en mí, frecuentemente, la forma hondamente castiza de los cantares del pueblo...»

Y un poco más adelante, después del elogio hecho a Laín por haber señalado en su libro los arquetipos básicos de la generación regeneradora, sigue diciendo: «Yo, que a ninguno cedía en el amor de España, y no era tampoco del todo indiferente a su dolor y disgusto, no les seguía en este último camino con demasiado ardor... De él me apartaban un poco mis aficiones a cosas muy consustanciales con la vida de España de entonces... y aun de la de siempre. Yo, por ejemplo, no abominaba de las corridas de toros... De la misma mala literatura que habíamos combatido —y derrotado— los del 98 me refugiaba yo, encantado en la poesía popular de mi Andalucía particularmente, y, en general, de toda España... (págs. 221-222)».

Ya en el libro *Día por día de mi calendario* (1918) había comentado en sentidas palabras la lectura hecha el viernes, 15 de febrero, de las *Páginas escogidas* de Azorín: «... me sume, sin voluntad y sin pensamiento, en las profundidades del alma española. Y también las encuentro soleadas y claras. Siento en torno mío su hálito de fuego; y, lentamente, me van ganando sus exaltaciones místicas, su seria tristeza, su miseria orgullosa, su adusta sencillez. Amo y comprendo a España, a través de estas nobles páginas serenas. Y la siento aún capaz de toda empresa imposible». Manuel Machado, *Prosa*, edición y estudio de Ortiz de Lanzagorta (Sevilla, 1974), pág. 121.

atribuir a su pasado poético modernista. Refiriéndose directamente a las poesías de *Soledades* (1899-1902), escribe:

... era [Rubén Darío] el ídolo de una selecta minoría. Yo también admiraba al autor de *Prosas profanas*, el maestro incomparable de la forma y de la sensación, que más tarde nos reveló la hondura de su alma en *Cantos de vida y esperanza*. Pero yo pretendí... seguir camino bien distinto. Pensaba yo que el elemento poético no era la palabra por su valor fónico, ni el color, ni la línea, ni un complejo de sensaciones, sino una honda palpitación del espíritu...

No es necesario prolongar la cita, tan ampliamente conocida, que resulta una admirable síntesis de lo que fue el modernismo del joven Antonio Machado, y también una admirable exposición del rumbo más íntimo y desnudo que adoptaría su propia poesía. Quisiera destacar, una vez más, la exactitud de los juicios aquí vertidos sobre el movimiento y sus aspectos formales, superados luego por el poeta en su creciente madurez, más grave y austera su poesía lírica. La mirada de Antonio se interioriza pronto, y, tomando contacto con el mundo, se empeñará en la expresión de los sentimientos e ideas más cordiales. Evidentemente, se hermanaba y acercaba a Rubén, hasta tal punto de que después se fundirían e identificarían el español y el americano, como puede verse en la bellísima «Oración por Antonio Machado», tan perfecta en la fusión de voz y de tono que haría posible el intercambio de los nombres, según nos hace ver Ricardo Gullón en su nota titulada con segunda intención «Machado reza por Darío»<sup>8</sup>. Si uno sigue las palabras de Antonio Machado, sólo transcritas en parte, cabe insistir en que el modernismo no excluye la *hondura del alma* y que es mucho más que un vacío formalismo divorciado de la vida, de la que recoge *ecos inertes*; tampoco es pura superficialidad exotista o sensualista; ni, menos todavía, un mero juego de sonidos musicales. ¿Cómo negar en el mejor Darío, pues, la *honda palpitación del espíritu*?

Perdóneme el lector la digresión ocasionada por la transcripción de las más definitivas palabras que Antonio Machado escribió jamás sobre el movimiento modernista. De distinta índole, pero en el fondo muy parecidos, son los igualmente ponderados conceptos expuestos por Manuel Machado en *La guerra literaria*, cuyas primeras páginas (págs. 17-38) me conciernen en este momento. En su conferencia «Los poetas de hoy», leída hacia 1910 ó 1911, afirma que va a hablar como testigo de la época, sin erudición y escasa doctrina; él mismo ha luchado junto a otros compañeros generacionales por un ideal artístico destinado a romper con lo viejo y lo rutinario de «la tierra del no pensar y del no saber (pág. 23)». En términos nada halagüeños, alude a la mentalidad española y a la vida inculta durante las postrimerías del siglo XIX. Y a pesar de todo, allí mismo escribe: «Es indudable que una notable floración poética ha tenido lugar en España en lo que va de siglo y que su germinación comenzó a raíz de los desastres políticos y militares con que despedimos al pasado (págs. 18-19).

En medio de la asfixia intelectual, como es sabido, se multiplicaban las burlas agresivas contra las nuevas tendencias literarias (son elocuentes, por ejemplo, los

---

<sup>8</sup> RICARDO GULLÓN: «Machado reza por Darío», *La invención del 98 y otros ensayos* (Madrid, 1969), págs. 33-36.

textos publicados en el concurso de *Gente vieja*, durante los años de 1902 y 1903); pero «conjuntamente a esta labor de rebeldía, de ataque y de demolición, la juventud poética española realizaba su obra generosa de pura Poesía, sin más interés que el del arte ni más concupiscencia que la de la gloria (pág. 27)». Habla a continuación el conferenciante de los noveles escritores y de sus revistas, unidos todos por el amor al arte. Los afanes de renacimiento habían triunfado, señaladamente por la obra renovadora, en todos los géneros, de un selecto grupo de escritores dignos de colocarse frente a los mejores de Europa (pág. 30).

Un poco más adelante, Manuel Machado lanza, no sin escrúpulos, su ya conocida definición del modernismo, aunque con la salvedad hecha de que él mismo no puede explicarlo muy satisfactoriamente. La confusión se debe, en gran parte, a que el término significa una cosa distinta según quien lo utilice. Machado escribe:

El modernismo, que realmente no existe ya, no fue en puridad más que una revolución literaria de carácter principalmente formal. Pero relativo, no sólo a la forma externa, sino a la interna del arte. En cuanto al fondo, su característica esencial es la anarquía. No hay que asustarse de esta palabra pronunciada en su único sentido posible. Sólo los espíritus cultivadísimos y poseedores de las altas sapiencias del arte pueden ser anárquicos, es decir, individuales, personalísimos, pero entiéndase bien, anárquicos y no anarquistas...

Las viejas disciplinas, los dogmatismos estéticos que venían rigiendo, las manidas escuelas literarias poéticas, las estrecheces académicas y los cánones de preceptiva moral, todo eso fue lo que cayó arrollado a las primeras de cambio (pág. 32).

A su juicio, éstos son los conceptos claves: forma (externa e interna), anarquía y nueva libertad. Es lógico por ello que insista de inmediato en el personalismo modernista: «el arte no es cosa de retórica ni aun de literatura, sino de personalidad (pág. 33)»; con su triunfo se consigue el acabamiento de las escuelas porque el modernismo consiste en «... dar a los demás las sensaciones de lo bello, real o fantástico, a través del propio temperamento cultivado y exquisito». «De modo que para ser artista —se concluye— basta con saber ser uno mismo (*Ibidem*)», de acuerdo con la admonición tantas veces emitida por Rubén. Tampoco niega Manuel Machado que los poetas españoles necesariamente aceptaran lo bueno y lo útil de las literaturas extranjeras; de ahí que haya en ellos parnasianismo, simbolismo y otros *ismos* europeos (*Ibidem*). Después de un par de páginas en que se precisan algunas de las nuevas libertades formales logradas por los jóvenes poetas, Machado agrega un párrafo medular, que merece tenerse en cuenta:

He dicho que el modernismo no existe ya, y nada más cierto, en efecto. Abiertos los caminos, rotos en el fondo los prejuicios y en la forma las trabas en cuanto al metro y la rima; fertilizado el lenguaje con savia nueva, se trataba y se trata ya de trabajar en serio y abandonando toda pose. La personalidad de cada uno de los poetas españoles ha ido cristalizando en modos y formas perfectamente diferentes, sin que haya entre ellos nada de común que permita agruparlos bajo una misma denominación de escuela, secta ni tendencia (pág. 36).

El conferenciante se niega a formular un juicio crítico de sus compañeros, limitándose a la lectura de un poema representativo del temperamento de cada uno.

Y por haber abierto el presente apartado con un texto de Antonio Machado, no estaría mal cerrarlo con una frase breve referida al mismo e incluida en la conferencia que glosamos: «... Finalmente, Antonio Machado, de quien ser el hermano mayor no me impedirá decir que lo tengo por el más fuerte y hondo poeta español, trabaja para simplificar la forma hasta lo lapidario y lo popular (pág. 37)».

## Otros textos de Machado sobre el modernismo (1901-1904)

Habiendo partido de los dos escritos de los hermanos Machado que acabo de citar, quisiera ahora limitarme a recordar otras páginas de Manuel menos conocidas, por haber quedado sin recoger de los periódicos y revistas en que aparecieron. Hay, sin duda, otros textos ocasionales que no conozco, que tendrían también pleno derecho a ser estudiados en el presente trabajo.

La primera nueva aportación de Manuel Machado al tema que nos ocupa es el artículo apenas recordado titulado «El modernismo y la ropa vieja», que se publicó en la revista *Juventud* (núm. 1, 1 de octubre de 1901). Se trata de un texto fuertemente satírico, en el cual se burla el autor de lo que denomina el espíritu manchego y cerrado de España, que impide naturalmente la importación de toda novedad. A su regreso a España, ha visto que todo continúa lo mismo y que nada ha cambiado («Sí, todo está igual: tan feo, tan pobre y tan triste»). Pero la suprema ironía es que se hable de *modernismo*, donde nada hay moderno («Y por modernismo se entiende... todo lo que no se entiende») y la novedad constituye en España un anatema horroroso. Hasta lo que llega de París es importado, dice, en carreta, con lo cual pierde en el camino toda huella de novedad. Esa aversión a todo lo nuevo abarca la vida nacional en su totalidad: «El que no se aviene al reposado andar de la tortuga nacional, está divertido. En política le llamarán visionario; en el terreno social, desmoralizador, y en arte, modernista.»

Se tiene, pues, en España una vaga noción de Europa, pero la ropa que va llegando poco a poco de fuera la encuentra demasiado nueva para sus gustos. Tras algunas alusiones a Eusebio Blanco, que se había indignado por unos versos dislocados, y a Mariano de Cavia, cuya sonrisa protectora recomienda que se deje en paz a los jóvenes innovadores, Manuel Machado vuelve a la carga. En contraste con ese generalizado retraso en la aceptación de las novísimas tendencias literarias, exalta a París, «donde no hay prevención contra la ropa nueva». Señala cómo varias escuelas y sistemas artísticos han logrado pleno desarrollo en Europa y producido ya sus frutos. Fueron escuchados y amados los nuevos. En la poesía, menciona a Mallarmé—quien hace del misterio el secreto del arte—, a los parnasianos (Leconte, Heredia), que buscan una «poesía esculpida en mármol», y siempre a Verlaine, el «inimitable». Machado prosigue:

La novísima escuela estética que funda la moral en lo bello. Los llamados decadentes. Los pintores de impresión como Manet. Los filósofos del color; Puvis de Chavannes, el gran maestro con su pintura del alma... Y tantos otros matices, porque el matiz es la característica de nuestro mundo artístico. Mil más... Claro que no vamos

a explicar un curso de literatura contemporánea a esa gente que ladra, y a quien había que enseñar primero a leer y luego a enterarse. Por lo demás, ya ellos se han librado de tales trabajos, inventando su palabreja elástica de *modernismo*... *Modernismo* es el nombre del gazpacho mental de que están indigestos los más aprovechaditos...

Ha llegado el momento —el autor finge estar hablando con Cavia— de revelar el secreto y aclarar las cosas. En una palabra, de *enterarse*. Tres son las acusaciones fundamentales que suelen lanzarse contra los nuevos poetas: buscar sus fuentes de inspiración en el extranjero, aprovechar los elementos clásicos o medievales y dejar en olvido ingrato a los viejos sagrados. Sin embargo, a pesar del espíritu ropavejero opuesto al cosmopolitismo parisiense, muchos escritores españoles se habían vestido antes la ropa nueva de fuera, frente a la tradición imperante e impermeable. Cita el caso de Moratín, y otro tanto podría decirse de los románticos peninsulares que también se vistieron a la moda. Pasa luego a hablar Machado de la generación inmediatamente anterior a la suya («quizá la más estéril, vacía e insípida de todos los tiempos»), que no estuvo menos influida a su vez por lo extranjero. De ahí que los viejos de aquel momento —estamos en 1901— tampoco puedan presumir de castizos: «Oh, espíritu manchego, enemigo de la novedad, tú pasarás por todo lo nuevo... cuando ya esté viejo e inservible.» De esa condena general se salva un solo escritor: Zorrilla, calificado de «gran poeta».

Manuel Machado, al referirse por último, en términos directos, a su propia generación (menciona con el nombre solamente a Rusiñol, Benavente, Darío y Unamuno), se queja de la falta de una figura completa en el grupo, aun cuando reconozca su gran valor y la calidad de su trabajo. Pero de nuevo señala, en tan interesante escrito, el círculo vicioso:

... la mayoría gusta del paso tardo y descansado, por el cual dentro de veinte años tragará todo lo que hoy se le resiste, girará en torno de los soles a quienes hoy ladra, erigirá en dogma los axiomas artísticos que hoy les parecen disparates... y que probablemente lo serán entonces; se pondrá, en fin, la ropa nueva de hace diez años y venerará a sus académicos *liliales* y *decadentes*. Por fortuna, habrá entonces también nuevos *modernistas* a quienes se ladrará en nombre de los de hoy, con el espíritu manchego. Y los que estén en el secreto seguirán sonriendo... Porque al cabo tiene razón la Academia.

Como se habrá percibido, un tono, entre irónico y zumbón, matiza la expresión de su diagnóstico de los tiempos. Modernismo y modernista: «La palabreja es deliciosa. Representa sencillamente el último gruñido de la rutina contra los pobres y desmedrados innovadores.»

También merece tenerse en cuenta aquí, no obstante su evidente actitud negativa y hasta beligerante, otro breve escrito posterior de Machado, publicado con el título de «Eso del modernismo...» en el diario madrileño *El País* (20 de mayo de 1903)<sup>9</sup>. Comienza señalando que la palabreja le repugna, y que se ha negado por ello a tomar

---

<sup>9</sup> Debo a la gentileza de mi colega y amigo Carlos García Barrón la copia del texto en cuestión, y les doy mis más expresivas gracias.

parte en las disputas sobre tan trillado asunto: «... no es palabra, porque la palabra expresa una idea, y modernismo expresa una falta absoluta de ideas lastimosísima». A su juicio, el modernismo es:

... todo lo que se ignora en España (aun por los mismos escritores) de una porción de tendencias, sectas, escuelas, orientaciones literarias, nacidas paralelamente o un poco después del llamado naturalismo de Zola y su pléyade, que era la última novedad que habían tragado nuestros compatriotas.

Es consecuente. Y así, no sólo ataca a los del Ateneo —«centro de corrupción intelectual del país»—, sino en principio a todos los dogmatismos y al exclusivismo de ambos lados. Rechaza, pues, todo criterio cerrado. Vuelve además a referirse a Francia y a sus agrupaciones artísticas, incomprensibles para los españoles, a la vez que al naturalismo, considerado como una gran novedad por los conservadores del Ateneo:

... entró (el naturalismo) con mil dificultades y entre una lluvia de vituperios; pero entró al cabo con toda su masa, y hoy se excomunica a los demás en nombre del buen Zola. Pero hete aquí, que con tendencias a una completa anarquía, la literatura y el arte en Europa se subdivide, ramifica y complica más. Nacen nuevas escuelas y nuevos nombres (muchos de ellos inventados para el medro personal de un solo individuo, ardides de la lucha). Aparecen parnasianos y simbolistas, satanistas, estetas, humanistas con la balumba de prerrafaélicos, milenarios, etcétera.

Con todo ese florecimiento literario extranjero, los aturdidos y mal informados españoles no se dan cuenta de lo que Machado considera el principio general del arte moderno:

... se hace personal y anárquico por consecuencia, perfectamente anárquico, porque no necesita formas de gobierno ni recetas universales. Y en nuestro afán de agrupar para dogmatizar, confundimos y rebajamos todas estas tendencias nuevas bajo el odioso mote de modernismo, y en seguida, a pelearse como salvajes o inquisidores con los señores del margen y a ver quién lleva el gato al agua.

Se cierra esa nota combativa con una admonición, por cierto muy saludable: «enterarnos todos y escoger cada uno de lo nuevo lo que mejor le estuviera para el desarrollo de su arte»; haciéndole así, «pareceríamos más serio (sic) y discutiríamos luego que tuviésemos algo que discutir».

Enrique Gómez Carrillo, íntimo y fiel amigo de Manuel Machado, se encarga por primera vez, en 1903, se la sección permanente «Lettres espagnoles» del *Mercure de France* (vol. 48, noviembre de 1903, págs. 546-551). En su colaboración inicial habla, naturalmente, en términos generales del escenario literario español; o, mejor dicho, de lo que se sabe en Francia de la actividad artística en el país vecino. Como era previsible, el tema que más le ocupa a Gómez Carrillo en aquellas crónicas literarias es la nueva literatura peninsular. No era ese el lugar más apropiado, según anota el cronista, para referirse a los conocimientos limitados que los franceses tenían de la literatura española, pero alude a lo que él llama la España vieja representada por

Pereda-Pardo Bazán-Menéndez Pelayo, una trinidad que ya no tiene entonces más prestigio que el grupo Coppée-Lemaître-Brunetière en Francia. Pero frente a aquella España vieja se levanta otra:

... une nouvelle Espagne toute européenne, toute internationale, et il faut être aveugle pour ne point la voir. Quant à l'aimer, ou ne pas l'aimer, c'est une autre affaire. Les amoureux de la légende catholique, les hommes des cathédrales, les rêveurs de vieux rêves doivent la détester (pág. 549).

En el mismo lugar, también cita Gómez Carrillo con alguna extensión un texto de Manuel Ugarte, en que habla de las fuentes francesas que tanto habían contribuido a modernizar las letras españolas y de la prioridad de los escritores hispanoamericanos en la renovación lingüística (págs. 549-550). De completo acuerdo con su colega, nuestro cronista reconoce una profunda evolución en la lengua literaria: «... L'Espagnol qui pendant tout le siècle passé n'a voulu reconnaître que deux qualités: la correction et l'élocuence, commence déjà à voir qu'il y a plus et qu'il y a mieux dans une belle page (pág. 550)». Y en la breve nómina de escritores que están revolucionando la lengua figura naturalmente el nombre de Manuel Machado, junto con los de Valle-Inclán y Darío. Parece que aquellas palabras de Gómez Carrillo sobre la España joven tuvieron en la prensa madrileña alguna resonancia, porque en su crónica (vol. 51, septiembre de 1904, págs. 834-839) alude a ese hecho, y reproduce en traducción sendos textos de Unamuno y Ortega sobre la juventud (págs. 834-836), así como el elogio escrito por Darío de una obra de Juan Ramón Jiménez (pág. 837)<sup>10</sup>.

Aunque no sea mi intención resumir y reseñar el contenido de aquellas colaboraciones de Gómez Carrillo en el *Mercur de France*, que continuaron hasta 1907, hay una que me interesa de modo especial dentro del contexto del tema de Manuel Machado y el modernismo. Se trata de la que corresponde al volumen cincuenta (abril-junio de 1904, págs. 270-276); en ella prosigue la encuesta sobre la nueva literatura española, con las respuestas de Rueda, Nogales, Angel Guerra y, por fin, Manuel Machado (págs. 275-276). Recuerda Gómez Carrillo que Unamuno había expresado ya, en nombre de los profesores, sus ideas pesimistas; pero ahora son unos escritores jóvenes los que manifiestan su entusiasmo y su esperanza («Ils son du reste les plus qualifiés pour prendre la parole, en ces débats», pág. 270). Sería excesivo resumir las respuestas de esos escritores; me limitaré a señalar que Manuel Machado, a quien Gómez Carrillo presenta como uno de los jóvenes entusiastas y redactor de *Helios*, afirma que ya no existe —en 1904— la hostilidad anterior contra los innovadores en el arte: «On n'excommunie plus personne au nom de l'Académie et des classiques (pág. 275)». Según Machado, los jóvenes, por la calidad de sus realizaciones artísticas, despiertan actualmente en España la atención que merecen. Ha habido, pues, en poco tiempo, un gran progreso en el público, y el autor de *Alma* afirma que pocos protestan en nombre de lo castizo. Añade también, y ahora con cierto optimismo:

<sup>10</sup> Gómez Carrillo traduce al francés para el *Mercur de France* (Vol. 58, diciembre de 1905, págs. 467-470) el texto de Darío sobre la poesía española contemporánea [Rubén Darío, *Obras completas*, I (Madrid, 1950), págs. 413-420] y recoge, un año después en su crónica (1906, págs. 307-310) los juicios del poeta nicaragüense sobre los novelistas y prosistas españoles.

... l'art est aujourd'hui quelque peu universel ou pour mieux dire quelque peu personnel, ce qui est la grande forme de l'universalité.

La jeunesse qui a commencé a proclamer le modernisme a accompli cet acte louable de rompre avec toutes les antiquités.

Encore que beaucoup sont tombés dans la grande bataille, un nouveau champ s'est ouvert et à toutes les hauteurs flotte le drapeau de la conquête (*Ibidem*).

Advertido el triunfo del modernismo y mencionados algunos nombres de la nueva generación de escritores —entre otros ahora los nombres de Martínez Ruiz y Baroja— Manuel Machado señala algo muy significativo: el progreso lingüístico. A su juicio nunca ha habido un interés semejante por la lengua:

... Les idées et les sentiments modernes ont surpris la vieille langue espagnole ankylosée dans les compartiments du dictionnaire et dans les pompeux modèles classiques. Il était nécessaire de penser en français au moins pour penser avec actualité parce que le castillan dormait et refusait les expressions.

Les nouveaux écrivains s'efforcent, par-dessus tout, de donner à cette langue vieille une force nouvelle, de la réveiller, de lui donner de la vie, des formes et une netteté conformes à l'actualité... (pág. 276).

Me parece un acierto el insistir en que la lengua española había despertado, para alcanzar una recién descubierta actualidad alejada de los viejos modelos clásicos. Y así Machado puede concluir su texto con las siguientes palabras entusiastas: «On le voit, la note générale est l'agitation et l'optimisme, et je me plais à le faire constater, moi qui ne suis pas un professionnel de la littérature, mais un amateur profondément amoureux des belles-lettres (*Ibidem*)<sup>11</sup>.

## Un último texto (1907)

En el presente recorrido, quisiera llamar también la atención sobre un escrito final de Manuel Machado, publicado en la flamante revista *El nuevo mercurio* del mismo Gómez Carrillo, cuyo primer número apareció en enero de 1907 y que alcanzó hasta el número doce, en diciembre de aquel mismo año, con un total de mil cuatrocientas cuarenta páginas. En la segunda entrega (febrero de 1907, págs. 123-124), la dirección estableció las bases de una *enquête* sobre el tema del modernismo, dirigida «A los escritores de España y de América»<sup>12</sup>. Entre los distinguidos escritores que respondieron a aquella figura el nombre de Manuel Machado, cuya contestación aparece en el número tres (marzo de 1907, págs. 337-340)<sup>13</sup>. Veamos con cierto detenimiento sus

<sup>11</sup> No tengo datos sobre la procedencia de ese testimonio de Manuel Machado. Es posible que se trate de una carta personal dirigida a Gómez Carrillo; tal vez de un texto copiado de algún periódico o revista del tiempo.

<sup>12</sup> Se reproducen en el excelente trabajo de Donald F. Fogelquist, «Enrique Gómez Carrillo», *Españoles de América y americanos de España* (Madrid, 1968), pág. 163, y, en el mismo lugar, se ofrecen además algunas breves precisiones sobre el contenido de tan importante revista (págs. 160-166).

<sup>13</sup> Cabe señalar que en su última colaboración «Lettres espagnoles» en el *Mercurio de France* (vol. 67, mayo de 1907, págs. 167-172) Gómez Carrillo transcribe algunas de las primeras respuestas a la encuesta

juicios sobre el modernismo, sin olvidar que han transcurrido algunos años desde las opiniones antes emitidas que aquí he recogido <sup>14</sup>.

Una vez más, insiste en que la anarquía es el rasgo más permanente y definitivo del modernismo. Lo que vincula a todos esos escritores —si es que tienen algo de común— es el individualismo y el empeño de no parecerse a los demás. Admite, no obstante, que los más fuertes inevitablemente tienen sus imitadores (incluso de Gómez

---

que él, como editor, había abierto en su propio *Mercurio* (las de Emilia Pardo Bazán, Manuel Machado y Manuel Ugarte).

<sup>14</sup> En la sección permanente «Variedades y Revista de Revistas y de Periódicos», aparece en el número 5 (mayo de 1907, págs. 590-593) un comentario anónimo titulado «El modernismo según Manuel Machado». Es un documento curiosísimo: a veces se utilizan las mismas e idénticas palabras empleadas antes por Manuel Machado, al mismo tiempo que se le contradice en forma rotunda. Se trata de un comentario fuertemente satírico y bastante agresivo, dirigido a la crítica que no ha sabido definir y caracterizar el modernismo. Con ciertas reservas, hasta cierto punto inexplicables, reproduzco algunos fragmentos textuales que me parecen pertinentes: «Toda crítica española, sea cual fuese su asunto, y con especialidad la literatura, se compone de dos grandes fases o periodos. El primero: *Antes de enterarse*. El segundo, *Después de no haberse enterado*, ... (pág. 590). Entendíase por modernismo... todo lo que no se entendía, y la absurda palabreja —que hizo suerte porque al fin expresaba la vaga noción de novedad de aquel gazpacho de cosas que la gente tenía en la cabeza— empezó siendo una especie de arma arrojada o pedrusco agresivo, con que se lapidaba a los escritores y artistas jóvenes que se apartaban de la ortodoxia clásica en cualquier cosa o sentido que fuese (pág. 591)».

El autor se queja de que nadie se hubiese tomado la molestia de estudiar a fondo las distintas tendencias, y vuelve a afirmar que el vulgo vociferaba contra las novedades importadas. Además, la crítica, en su primer período, el de *antes de enterarse*, aullaba contra el arte nuevo, desde Darío a Jiménez, Rusiñol a Regoyos, «... Pero ni en España siquiera pasa el tiempo en balde. El buen público, que a falta de otras lumbres goza de cierto buen sentido providencial que lo lleva a tientas hacia adelante y, cuando no, sabe imponer su gusto por riñones, fue reconciliándose poco a poco con el condenado modernismo (que ya había perdido su vitanda novedad). En cuatro o cinco años ha ido pasando a sonreírle, a aprobarlo, a aplaudirlo, y, finalmente, a ponerlo de moda en contra de toda otra cosa... corearon [los críticos] otra vez a la voz pública en el nuevo tono. Eso sí, nada de estudiar tampoco la cuestión, nada de depurar, ahora que el tiempo se lo daba hecho, lo que había de sustancia en el endiablado piso del modernismo. Y nada de apear el mote. La palabreja se trocó únicamente de dicerio en dictado cariñoso, de piedra en confite y continúa arrojándose a diestro y siniestro con el mismo tino de antes...» Y así se había llegado a la segunda fase crítica: *Después de no haberse enterado*.

Aun cuando Machado afirmara que realmente no existía ya el modernismo, nuestro comentarista anónimo manifiesta: «...ya no es hora de acabar con el mote de un modo radical, porque... a decir toda la verdad, el *Modernismo* existe y, con todo lo dicho, ¡hay modernistas! Los ha creado la boga, el ambiente turbio de incomprensión y novelaría, el publicote con su vocerío y los críticos con su silencio. Existen los modernistas, y son los que, enamorados sin discernimiento de lo nuevo, tienen en la cabeza el mismo gazpacho de novedades y exotismos que la masa popular, inconscientemente snobs, que hoy fusilan a D'Annunzio, mañana a Darío y pasado a Heredia en la inocente idea de ser raros o modernos, cueste lo que cueste (pág. 592)». Según el autor de esa página, no otros son los eternos contemporáneos, cuya evolución «sería admirable si fuera acompañada de obras. Desgraciadamente hay que creerles bajo su palabra. Son, sin embargo, verdaderos modernistas de hoy y de mañana. Y jóvenes, hasta que se mueran... (pág. 593)».

El articulista termina su trabajo con la afirmación de que no propone deshacer el lío, porque no tiene ganas ni es crítico, careciendo además de la capacidad de convertir sus ideas en opiniones, siempre distintas al día siguiente. Por último, escribe: «Yo me dedico a escribir mis versos y mis prosas lo mejor que puedo», para concluir, como Manuel Machado, con las mismas palabras dichas por Guerrita a cierto espada: «Toree usted con el suyo [el capote], que el mío es de seda».

Carrillo dice que ha influido poderosamente en los cronistas españoles y hasta en no pocos poetas, pág. 337). El modernismo no es una escuela, desde luego, aunque todos sus poetas rompieron con la vieja retórica. En opinión de Machado, la literatura moderna se caracteriza por una nota cada vez más personal y más íntima; la máxima preocupación de todos pareció ser la creación de un estilo individual. Esta actitud —admite Machado— puede conducir a la extravagancia, al mismo tiempo que él reafirma que el ideal, afortunadamente, no está ya en parecerse a los buenos modelos del pasado. Reconoce asimismo la declinación de la prosa castellana en las generaciones siguientes al apogeo admirable logrado por Quevedo y Hurtado («nunca se había escrito peor en España que hace diez años», *Ibidem*), y, con palabras que debieron de halagar mucho al vanidoso Gómez Carrillo, manifiesta Machado:

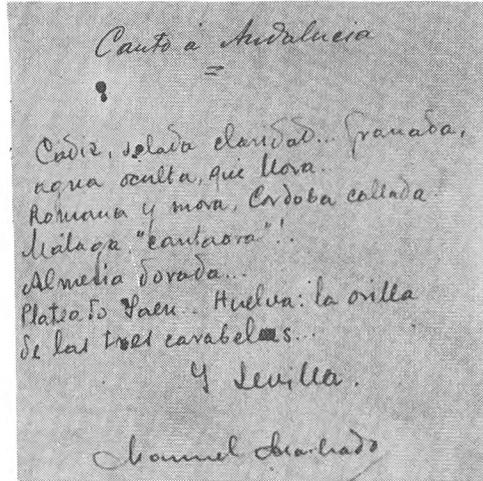
... Las primeras crónicas y novelas de usted que se leyeron en Madrid fueron la revelación de un nuevo florecimiento de la lengua. Agil, suelta, alada la prosa de usted, mostró a estas gentes que el castellano puede saltar y correr, fluido y ligero, en frases admirablemente rítmicas y dulces, libre de la herrumbre clásica conforme a nuevos estados de espíritu y modernas cerebraciones. Fue usted el primero y muchos le han seguido; los unos al pie de la letra, otros sin copiarle; todos admirándole (pág. 338).

En sus páginas críticas Machado solía mencionar, entre los nuevos, al pintor y escritor Rusiñol, y ahora añade el inesperado nombre de Silverio Lanza («un epicúreo y un cínico», pág. 338). Y de esos juicios merece la pena transcribir la breve semblanza que se hace aquí de Unamuno, uno de los tempranos comentaristas de la obra de Machado: «Y la más exaltada e inquietante entre nuestros pensadores, la de Miguel Unamuno, que ha impreso su sello a multitud de espíritus, rara mezcla de naturalidad y paradojismo, de misticismo y práctica de la realidad, de fervor y de escepticismo, único en España, y tan absolutamente español, sin embargo (*Ibidem*)».

Para imponerse —afirma nuestro autor— los poetas nuevos tuvieron que luchar con más empeño. Machado no deja de tener en cuenta la muy saludable influencia de Francia y de América, aunque sí hubo parnasianos y simbolistas en la península, pero los más poderosos entre los españoles lograron mantener íntegra su personalidad creadora en su triunfo sobre la codificación estética. Habla luego de una serie de poetas modernistas, señalando de manera escueta sus más distinguidos méritos: Darío («ha tomado aquí cartas de naturaleza. Maestro de la forma se le reconoce por todos. Por lo demás, él ha sido el gran importador de la poesía europea a la lengua castellana y tiene no pocos imitadores», pág. 339), Villaespesa, Juan Ramón, Marquina (a quien dedica elogios desmesurados y sorprendentes<sup>15</sup>), Pérez de Ayala y, finalmente, otros

---

<sup>15</sup> En su ya citado *Día por Día de mi calendario* (sábado, 18 de mayo), Machado se refiere a la conmemoración en el Ateneo del aniversario de la muerte de Darío. En el acto intervinieron el poeta mexicano Francisco A. de Icaza, quien «trazó de mano maestra la semblanza del vate inmortal», y Eduardo Marquina («nuestro gran Marquina»), que hizo una admirable lectura de «...escogidos trozos del maestro, interpolados de comentarios críticos prodigiosamente comprensivos, ungidos de sentimiento y poesía». Finaliza esa breve entrada del día 18 con las siguientes emocionadas palabras: «Como el caracol marino —que guarda el suspiro enorme del Océano—, así la sala del Ateneo parecía vibrar de la armonía de las



Manuscrito de su poema «Canto a Andalucía».

El poeta en su juventud, cuando en París conoció a Rubén Darío.

de menor categoría. Interesa copiar otro juicio sobre su hermano: «De Antonio Machado diré lo que dicen sin quitar ni añadir palabra. “Es el poeta predilecto, el más profundo y el más tierno. El encanto de la forma, al par cadenciosa y correcta, no roba nunca interés al fondo lleno de sentimiento y de naturaleza palpitante y viva”», y luego, refiriéndose directamente a su propia persona, una sola palabra, con los característicos puntos suspensivos: «Yo...» (pág. 340).

## Unas últimas palabras

Al conocer las opiniones de Manuel Machado sobre la siempre disputada cuestión del modernismo y verlas con la perspectiva de unos setenta y cinco años, el lector

estrofas de Rubén, y, a veces, “la voz que no oiremos más”, parecía resonar en nuestros oídos y adentrársenos en el alma por los misteriosos hilos de sus versos divinos...» Edición citada, pág. 192.

<sup>16</sup> Cuando habla Machado de la poesía de Antonio Andión [«Nieve, sol y tomillo (Primera obra del poeta Antonio Andión)», *La guerra literaria*, págs. 87-92] escribe: «Poeta de hoy, y sobre todo de mañana, Andión no es modernista. Andión es moderno en el gran sentido de la palabra; es decir, independientemente de lo viejo... y de lo nuevo. Trata sencillamente de ser “él mismo”, y se busca y se persigue, no a través de los libros ni de los aplausos del vulgo, sino ante el espejo de su propia vida y de la naturaleza que se ofrece a sus ojos... (pág. 92)».

moderno se da cuenta de que fue un inteligente e informado testigo, que vivió durante una época especialmente fecunda para el desarrollo de las letras hispánicas. Pertenecía, desde luego, al grupo militante de jóvenes escritores, y sus juicios, emitidos muchos de ellos al calor de los tiempos, reflejan sin duda aquellos momentos de crisis literaria y social. A pesar de una actitud a veces agresiva, a la cual se añaden los normales prejuicios respecto a la literatura inmediatamente anterior, sus palabras carecen, en general, de los fuertes dogmatismos de quien ha vivido las querellas artísticas de aquel período caldeado. Machado percibe de modo acertado el modernismo desde una perspectiva amplia y en sus vertientes más significativas. Es para él un movimiento estético, renovador e inconoclasta, caracterizado de manera especial por el individualismo y la más absoluta anarquía artística de sus exponentes. Sus insistencias son consecuentes. Llega el modernismo, no sin tener que luchar contra un ambiente cerrado y restringido, a imponerse sobre una retórica momificada y formalmente inmovilizada. Todo renacimiento implica, como suele decirse, una fuente extranjera, y no deja de reconocer Machado la pretendida universalidad del movimiento modernista. Quizá sea redundante y perogrullesco el decir, al dar término a esta nota, que el modernismo ha sido un paso necesario, no del todo olvidado, en la evolución artística de las letras hispánicas, y que se mantiene vivo, tanto en América como en España, a través de sucesivas generaciones consagradas precisamente a la superación de ciertas superficialidades que un espíritu miope tiende siempre a asociar con aquel punto de arranque que fue el modernismo. Una vez más, las claves fundamentales que definen nuevas actitudes ante el mundo y el arte en los albores del siglo: anarquía e individualismo, preocupación por la forma (externa e interna) y una actualidad que le permita al poeta romper con los códigos y abrirse a la universalidad <sup>17</sup>.

ALLEN W. PHILLIPS  
1121 Portesuello Avenue  
SANTA BARBARA, Cali. 93105 (USA)

---

<sup>17</sup> Escrito ya el presente artículo, he leído el excelente y novedoso libro de Francisco López Estrada: *Los «primitivos» de Manuel y Antonio Machado* (Madrid, 1977). El capítulo que más conexión tiene con nuestro presente estudio es el VII («El modernismo y el 98 en relación con la concepción poética de los primitivos», págs. 119-156), y en él se comentan, de modo acertado, algunos textos aquí incluidos (notablemente «Los poetas de hoy», la conferencia inicial de *La guerra literaria*, «El 98 y yo. Para alusiones», y hasta recoge del libro de Brotherston *Manuel Machado*).